



Barrer para casa

Pere Gimferrer

Poeta y académico, acaba de publicar «Rapsodia»

«Ahora hay series de televisión en condiciones de competir con la novela»

«La supresión del estudio del latín está en el origen de los debates sobre el uso del catalán y del castellano» ● «El asturiano sólo se mantendrá con una literatura sólida»

➔ Andrés Montes

A sus 65 años, Pere Gimferrer ha colmado hasta desbordar todas las promesas que podían esperarse de un «novísimo» de hace más de cuatro décadas. La resonancia de una poesía que lo llevó a figurar entre aquellos nueve autores seleccionados por José María Castellet está ahora, según los críticos, muy presente en «Rapsodia», su obra más reciente. De lenguaje y poesía habló en Oviedo este académico de profundo saber sobre mundos que están más allá del de la letra impresa.

—Hay quien considera que la imagen ha devorado a la palabra. Sin embargo, en su mundo coexisten de una manera pacífica y provechosa. ¿Qué transformaciones ha introducido en la creación literaria ese peso de la imagen?

—Cuando apareció el cine a finales del siglo XIX pudo parecer que se comería al teatro. No ocurrió. Luego surgió el temor de que la televisión se comiera al cine. Tampoco ocurrió. La televisión tampoco se comió a la radio. La radio y el teatro han sobrevivido, no los dos del mismo modo, porque el teatro no sobreviviría en casi ningún lugar sin subvenciones y la radio sí. El cine no compite con la literatura. Otra cosa es que a veces ambos se encuentren en terrenos cercanos. Ciertas películas, y en el momento actual ciertas series de televisión, pueden aspirar a competir con la novela. Pero con la poesía no, porque va por otro lado.

—¿La novela contemporánea es deudora del cine, en lo que respecta a muchas estructura narrativas, a la manera de contar?

—Lo dudo un poco. Hay una influencia enorme de la novela sobre otras formas de narración. La serie de televisión tienen una cadencia temporal más propia de la novela que del cine. El cine tenía un promedio de metraje de entre hora y media y dos horas. Las series de televisión tienen muchas más horas, aunque hay novelas más largas. Ninguna serie alcanza la duración de la novela de Proust que se extiende durante muchos años y miles de páginas. No hay ninguna serie que verla suponga tanto tiempo como leer esa novela. En los albores del cine, cuando en la narración cinematográfica estaba todo por inventar, Griffith usa unos recursos sacados de Dickens. Es al revés, hay una influencia de la novela sobre la narración en imágenes. Inversamente, hay una influencia de la narración en imágenes sobre la poesía. Y luego hay singularidades de cada medio.

—¿Podríamos decir que una gran parte del mejor cine de hoy está en las series de televisión, son películas expandidas?

—No diría esto. En algunas series de televisión, no en todas, hay buenas narraciones



Pere Gimferrer, durante la entrevista. / MIKI LÓPEZ

«La poesía es una forma de conocer mediante la palabra»

—¿La poesía es una forma de conocimiento?

—La poesía es una forma de conocimiento mediante la palabra. Hay unos versos de Gil de Biedma que dicen: «La poesía es un modo que adoptamos / para que nos entiendan / y nos entendamos». El cine, a su vez, es una forma de conocimiento por imágenes. Lo específico del cine es detener el instante y organizar esas imágenes en el tiempo y en el espacio. Eso es algo parecido a lo que hace el poema.

—Hablar de conocimiento poético en una sociedad tan tecnificada puede resultar extraño.

—Son conocimientos distintos, estaría más cercano al conocimiento filosófico. Hay un conocimiento demostrable, que se refiere a hechos externos y verificables. Pero la poesía es otra cosa, es conocerse a uno mismo y, como decía un poeta antiguo pero todavía muy válido, Píndaro, o como le hacía decir Unamuno al traducirlo del griego: «Aprende a hacerte el que eres». Uno conoce el sentido de ciertos hechos de su vida de modo distinto a como conoce la teoría de la relatividad. Y a la inversa, lo que uno sabe de la condición humana leyendo a determinados autores, no sólo poetas, sino también ciertos

prosistas, no lo va a entender por el camino de la ciencia. Hay cosas fronterizas: la filosofía, la ciencia y la poesía y quizá también la religión.

—«Rapsodia», su libro más reciente, es un largo poema escrito del tirón. Para componer una pieza así en seis días, ¿hace falta encontrarse en algún estado de gracia?

—No es un hecho único, ya ha sucedido antes. Georges Simenon escribía sus novelas en muy pocos días. En este caso parecen pocos días, pero tampoco son tantas líneas. Lo raro es escribirlo todo seguido. Pero éste es un detalle que si no lo hubiera puesto yo nadie lo sabría.

—¿Significa entonces que ese proceso creativo continuo no se trasluce en nada al lector?

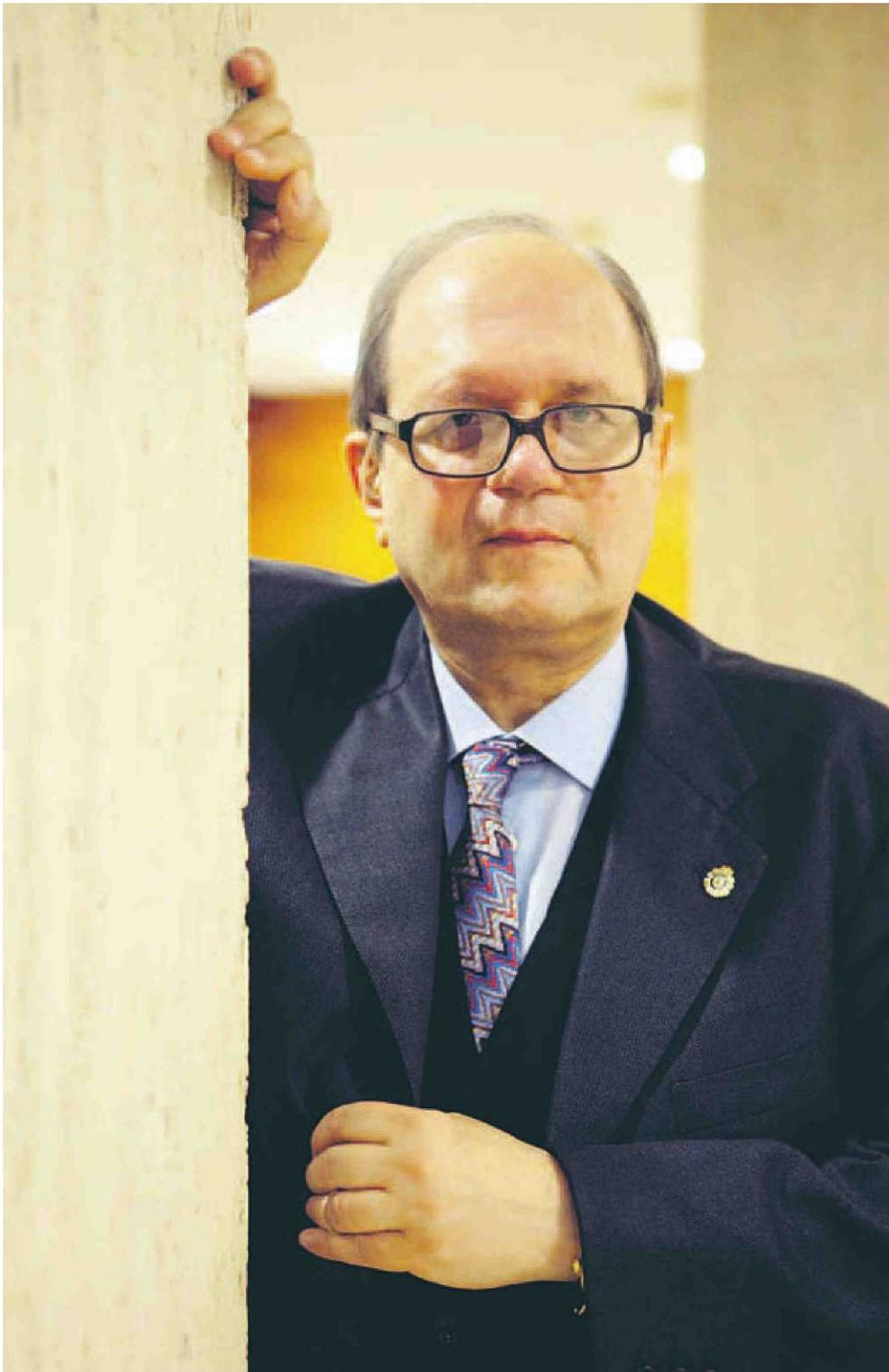
—Es casi imposible que el lector lo perciba porque su escritura me llevó el tiempo que me habría llevado si escribo cada poema por separado y de forma más espaciada. La única diferencia es que el tono al escribirlo con continuidad es distinto al que tendría si lo hubiera hecho por separado. Suelo poner la fecha de redacción, del comienzo y del final, y en este caso no quise omitirlo.

cinematográficas. En el momento actual por encima de todas está «Mad men», pero no son mejores, ni tampoco peores, que el mejor cine. Otra cosa es que ese buen cine pueda verse en España en las salas de exhibición. Hay películas tan buenas como

«Mad men», pero que rara vez llegan a los cines. La exhibición en España es un desastre desde hace mucho tiempo, es catastrófico e inaceptable. Lo que vemos en España es una mínima parte, y no la más interesante, del cine mundial.

—¿Considera que esa calidad de las series de televisión dignifica el medio?

—Éste es un fenómeno enteramente ajeno a la televisión, que actúa ni más ni menos que como un gran monitor de vídeo. Lo específico televisivo, si algo hay, tiene



otra naturaleza, más de carácter documental. Ninguna serie puede competir con las imágenes de Tejero en el Congreso. Lo específico de la televisión es su capacidad para acercarnos a la realidad inmediata. Las series ya no son lenguaje televisivo. Las series de los años sesenta, como «Los invasores», tenían un lenguaje muy próximo al del cine de serie B. Ahora usan un lenguaje en ocasiones más elaborado que el de las películas. De las actuales, la mejor es «Mad men». Tiene una profundidad de campo y una plástica que en la mayoría de las películas que van a los cines comerciales no aparece. Aunque también hay muchas filmadas como si fuera el telediario. De «Los Soprano» me gustan especialmente los episodios dirigidos

por Peter Bogdanovich.

—¿En Cataluña hay algún conflicto lingüístico?

—No existe.

—Entonces, ¿a qué atribuye que la cuestión de la lengua se convierta, en apariencia, en un problema de primera línea en España?

—No tengo hijos ni me dedico a la enseñanza. Dicho esto, supone que me acerco al problema de una manera diferente, lo deseable es aprender cuantas más lenguas mejor. El punto de partida del problema es el momento en que se eliminó el latín de los planes de estudios. Si se mantuviera, no habría problema alguno con la enseñanza de lenguas. La mayoría de quienes están inmersos en estos debates no hablan bien

Pere Gimferrer, en su última visita a Oviedo. / MIKI LÓPEZ

ni el castellano ni el catalán, quizá porque no aprendieron antes latín. Decía Américo Castro que España «es la historia de una inseguridad».

—¿Cuál es su visión del asturiano?

—Como lengua literaria hay un grupo de escritores que estimo muchísimo y de los que citaría a Antón García y a Xuan Bello.

La circunstancia social la desconozco. Advierto una situación contradictoria. Hay un apoyo desde la Administración y existe una Academia. La lengua no es cooficial, pero no carece de apoyos, ni está desasistida. No se puede decir que carezca de subvenciones y de protección y fomento. Su uso en radio o televisión facilitará ciertas cosas. Pero no nos engañemos: una lengua a medio y largo plazo no depende sólo de eso, depende de que tenga una literatura que ofrezca libros sólidos, aunque no sean numéricamente muchos. ¿Qué habría sido del catalán sin Verdaguier o Joan Maragall? ¿Qué sería hoy la literatura en euskera si no existiera Bernardo Atxaga? ¿O del gallego sin Cunqueiro y Rosalía de Castro? La cuestión está en tener escritores, no sólo que se use en los medios.

—¿Considera una amenaza el libro electrónico?

—Está empezando y es pronto para saber qué evolución tendrá en los próximos años. Los problemas que plantean son de tipo legal y económico, ligados a los derechos de autor. Pero eso ya lo provocó la imprenta en el siglo XIX. Dickens sólo cobraba por lo que editaba en Gran Bretaña. En lo sustancial, cambia el soporte, pero se mantiene la transmisión de un texto escrito.

—La novedad literaria nos desborda.

—El problema del editor es encontrar el libro que desee editar y que le proporcione o éxito económico o éxito literario y, en el mejor de los casos, ambas cosas. El editor edita lo que conviene publicar. Este criterio no ha variado.

—Da la impresión de que los libros tienen una vida más corta que antes.

—Hace tiempo que la vida de los libros en librerías se va reduciendo. Una aceleración de la brevedad de vida es inevitable y tiene relación con que se reduce el tiempo que media entre la salida de una novela como novedad y su paso a la edición de bolsillo. El fenómeno específicamente español consiste en que aquí salen muchísimos títulos con menores tiradas de las que se hacen en otros países. Esto hace que la vida de las novedades sea corta, pero es algo que no afecta por igual a todos los títulos. Llevamos dos décadas en esa línea de producción editorial, encaminada a obtener lectores por la vía de diversificar la oferta de títulos.

—¿Esa mayor facilidad que tiene la industria editorial para poner un título en el mercado favorece a los autores noveles?

—De eso nada. Lo que sí ha contribuido es a que salgan más títulos, pero un autor que empieza lo tiene hoy igual de fácil o de difícil que en otros momentos. Lo que sí hay ahora son muchísimas más traducciones. Y también un fenómeno muy curioso, que vuelven autores que estuvieron en primera línea hace décadas. La memoria del lector es limitada y cosas que hoy tienen éxito ya lo obtuvieron tiempo atrás, pero con otra generación. Es el caso de Stefan Zweig, un autor que ahora se lee y que ya se leía en mi infancia.

—¿Cualquier joven poeta se encara con las mismas dificultades que uno de los novísimos?

—Cualquier poeta que empieza tendrá que ganar un premio o pagarse el libro. Esto no ha variado y veo difícil que varíe.

—Con la proliferación de títulos en el mercado, ahora hay otro salto, de ser publicado a ser leído.

—Poeta o no, un escritor de calidad acaba por ser leído. Pero este «acabar» puede ser en cinco años o en cincuenta. El tiempo trabaja a favor de la buena literatura y trabaja más a favor de la poesía que de la prosa. La primera obligación de todo escritor es alcanzar el mayor logro que le resulte posible.